

ALVARO DE LAIGLESIA

RÉQUIEM POR UNA FURCIA



Esta divertida novela cierra —al menos por ahora— la reconocible serie protagonizada por el personaje que el inagotable ingenio de Álvaro de Laiglesia ha popularizado: Mapi.

Con sal y pimienta sazona la graciosa furcia el relato de los más sabrosos lances de su ajetreada vida, enlazando episodios llenos de interés y vivacidad: Mapi acaba. Pero de la pluma del exuberante autor no cabe esperar el desenlace macabro que la interpretación litúrgica ha dado al vocablo «réquiem». También el descanso puede lograrse en este desafortunado mundo de Mapi.

A nadie en particular.
Porque, pensándolo bien, ¿qué mujer aceptaría
que yo le dedicara este libro sin ofenderse?

EL AUTOR

*Si Ogino se le llamase al niño que se tuviese
porque el método fallase, ¡cuántos Oginos
hubiese!*

MAPI

PEDAZO 1

NO LE DESEO EL SUICIDIO ni a mi peor enemigo. ¡Qué mal rato se pasa, jolines!

Hablo con conocimiento de causa, porque yo me suicidé una vez. Y lo pasé fatal. No fatal del todo, claro está, pues a estas horas no podría contarlo. Y gracias a Dios lo puedo contar, para que sirva de lección a todas las desgraciadas que pretenden resolver sus problemas hincando el pico.

El suicidio, queridas desgraciadas, no resuelve nada. Podéis creerme. Quien tenga una vida perra, siempre encontrará una mano amiga que le acaricie el lomo. (Puede que en algunos casos, en lugar de una mano, encuentre un pie que le atice una patada. Pero esos casos son excepcionales, y ya se sabe que las excepciones confirman las reglas).

Recuerdo que cuando a mí me dio la ventolera de suicidarme, andaba yo con la psiquis bastante revuelta. Porque la psiquis se revuelve lo mismo que las tripas, cuando la vida nos obliga a tragarnos cosas que nos sientan mal.

Hay quien piensa que las mujeres de mi profesión sólo somos unos cachos de carne con ojos, pero sin alma; y la verdad es que todas tenemos nuestra psiquis como cada quisque. Debido a que cada quisque, según mi opinión, tiene dentro de la corpulencia todos los ingredientes igualitos. Y si unas servidoras de ustedes tenemos bilis como las personas decentes, ¿por qué demontre no vamos a tener

también psiquis, que viene a ser una especie de bilis espiritual?

A mí al menos, mi psiquis me trae por la calle de la amargura. Estoy tan contenta disfrutando de la vida, o comiendo chocolate, o chupando un helado, y de pronto: ¡zas! Al decir ¡zas!, quiero dar a entender que se me revuelve la psiquis, y lo veo todo negro. O marrón, que es peor aún, por ser el colorcillo que tiene la mierda, con perdón.

Y cuando se me desinfla la psiquis, se me hinchan las psicosis. Pienso entonces que no valgo nada; que sólo soy una escoria, o todo lo más una cascarría; que para vivir como vivo, no me vale la pena continuar viviendo; que si patatín, que si patatán...

Pienso también que sería muy cómodo acabar de una puñetera vez, arrojando yo misma a cualquier vertedero la basura que soy. Pero siempre me detuve en este pensamiento, menos en aquella ocasión.

Porque en aquella ocasión fue tan densa y agobiante la negrura que vi a mi alrededor, que quise poner en práctica lo que pensaba. Y lo puse.

Pero como yo tenía poca práctica en materia de suicidios, debido a que no me había suicidado nunca, decidí copiar uno que me fuera bien. Del mismo modo que toda mujer elige la ropa que le va a su tipo físico, debe elegir igualmente un suicidio que le vaya a su manera de ser. Ejemplos al canto:

A las mujeres violentas, que se matan por amor, les va divinamente despanzurrarse tirándose por una ventana. Y es lógico también que las chicas de servir se maten abriendo el gas, pues como siempre están metidas en la cocina lo tienen muy a mano.

Pero yo pensé que ni la asfixia ni el despanzurramiento le iban a mi idiosincrasia; que yo necesitaba un método más novelero. Y cuando digo novelero, quiero decir también peliculero. Porque a mí siempre me han chiflado las novelas y las películas, y tanto en unas como en otras he te-

nido ocasión de admirar unos suicidios muy majos. No obstante, como además de majo yo quería que el mío fuese indoloro, fui eliminando uno por uno todos los que había visto o leído.

Así, después de sucesivas eliminatorias, opté al fin por copiar el método que siguen las «estrellas» del cine.

Esas tiparracas tan vistosas tienen el sentido de la espectacularidad, pues de ella viven. Y saben convertir en espectáculo, no sólo todos los hechos de sus vidas, sino también los de sus muertes. Por eso han inventado un tipo de suicidio que, además de limpio, es muy decorativo: el barbitúrico.

Años antes de adoptar esa decisión, cuando no me había refinado aún con el trato de señores distinguidos, yo desconocía lo que era el barbitúrico. Al leer en los papeles que una artista había muerto por culpa de un barbitúrico, me imaginaba que se la había cargado un sádico con barba. Cuando supe que los barbitúricos no eran sádicos barbudos, sino píldoras para dormir, encontré aquel tipo de muerte menos excitante; pero también mucho más cómodo, más limpio y menos doloroso. Porque ya se sabe que los sádicos, tengan barba o no, matan a lo matarife, o sea, a base de rajar sin preocuparse de lo que duela. De manera que me dispuse a imitar el suicidio de la Marilyn Monroe y comparsa.

PEDAZO 2

CUANDO EMPECÉ A ORGANIZAR aquel espectáculo macabro, eran las cinco de la tarde. Como en el famoso versículo de un tal García, que yo acababa de leer, en el que un torero casca a esa misma hora.

—¡Feliz coincidencia! —exclamé, poniendo manos a los preparativos de la obra.

Lo primero que hice fue elegir mi vestuario para el acontecimiento, pues un cadáver tiene que estar mono para no hacer mal efecto cuando lo encuentran. El ideal sería que los suicidas se amortajasen ellos mismos previamente, con el fin de evitar a los vivos las molestias de tener que amortajarlos después. Así los suicidios darían menos lata, y se despacharían con más rapidez. Sería como dejar un paquete ya preparado, para que la camioneta fúnebre lo recogiese y lo llevara a su destino definitivo. Algo así como el «servicio de paquetería de puerta a puerta», con la única diferencia de que los paquetes serían más gordos.

«No estaría mal —pensé— que yo implantara este sistema tan cómodo y práctico. Lo malo es que las mortajas no favorecen nada, porque es una clase de traje del que las modistas no se han ocupado nunca. Pero eso yo lo podría remediar haciéndome una mortajita mona que me cayera bien. Cortita y vaporosita como un “salto de cama”. No hay tanta diferencia, al fin y al cabo, entre un “salto de cama” y un “salto de tumba”».

Mi idea, como puede leerse, era bastante sensata dentro de su macabrez. Tropecé, sin embargo, con un grave in-

conveniente para ponerla en práctica: que yo no entendía ni papa de amortajamientos. En vista de lo cual, se me ocurrió llamar a mi criada para ver si ella podía echarme una mano.

—¿Qué desea la señorita? —me dijo Dora entrando en mi cuarto.

—Quiero hacerte una pregunta: ¿tú sabes amortajar?

—No —me contestó ella, moviendo su cabezota de babor a estribor—. Ya sabe la señorita que una servidora sabe poco de cocina.

—No seas bestia, muchacha —me enfadé—. ¿De dónde sacas tú que amortajar tiene algo que ver con cocinar?

—Me suena a que eso tiene concomitancias con la matanza.

—Con la matanza sí —admití—, aunque no del cerdo precisamente. Pero si no sabes lo que es, ya resulta muy tarde para que yo te lo explique.

—Como mande la señorita. ¿Sigue queriendo que le prepare la ropa que me encargó después de comer?

—Pues sí —me resigné—. Puesto que no sabes amortajar, me tendré que vestir. Y el traje de «côtel» verde pálido con chorraditas incrustadas es el más propio para esta ocasión.

Porque antes de tener la genial idea del amortajamiento, que permitiría despachar a los suicidas en un periquete, ya había elegido lo que le pensaba poner a mi cuerpo presente. Una es así de previsor. Y al fallarme el proyecto de la automortaja por falta de colaboración, volví a mi plan de arreglarme el cadáver lo más posible.

Me puse por lo tanto el traje verde, que era una verdadera pocholez copiada de Dior por una copista muy mañosa, y me calcé unos zapatos de raso que me hacían el pie mucho más pequeño. Tan pequeño me lo hacían, que al calzármelos vi las estrellas porque me apretaban horrores. Pero como yo no los elegí para echarme a la calle a andar,

sino para tumbarme en la cama a morir, aguanté el dolor de la apretura en beneficio de la estética.

Por estética también, debajo del vestido, me puse un licuero francés. (No es que yo tenga nada contra los licueros españoles, que conste, pues en esta rama de la industria no tenemos nada que envidiar al extranjero. En otras, en cambio, sí. Pero la gente esnobe a un rato largo, y farda mucho más un licuero parisiense que uno nacional).

Leída la parrafada entre paréntesis, habrá quien me diga:

—A un cuerpo presente que se presenta vestido, no se le ve el licuero.

Y yo le rebato:

—Mientras al cuerpo no lo toquen, no. Pero en casos así, siempre viene un juez que procede al levantamiento del cadáver. Y al levantarlo, si lo levanta por los pies, puede subirse la falda y verse el licuero. Y si se ve, ¿no es preferible que el cuerpo presente pueda presentar un licuero fardón?

Y se acabó la discusión.

Ya vestida de pies a cabeza, e incluso bien ajustado el detalle interior pensando en el juez que levantaría mi cadáver, me acordé de que tenía que escribirle una carta que empezara así:

Señor Juez:

Que no se culpe a nadie de mi muerte.

Este detalle de cortesía es obligatorio. Del mismo modo que al mandar un ramo de flores a una señora hay que ponerle una tarjeta, cuando se le manda una carroña a un juez hay que escribirle una carta. Y como yo soy muy premiosa en materia de escritura, pues para que me salgan unas letras que se entiendan tengo que hacerlas muy despacio, calculé:

«Como tardaré una hora en hacer la cartita de marras y tengo el peinado hecho un asco, mientras la hago me pondré los rulos. Así, al tiempo que escribo, me rizoteo. Puesto que me quedan pocas horas de vida, debo aprovecharlas bien».

De manera que me cubrí la cabeza de rulos, agarré un bolígrafo y me puse a pensar antes de ponerme a escribir.

Y los pensamientos, como iban a ser los últimos de mi vida, se me agolpaban a borbotones debajo de los rulos. Atropellados, enredados, todos querían aparecer en aquella última oportunidad que me quedaba de comunicarme con el mundo de los vivos. Porque después de aquella carta, las rojas píldoras del barbitúrico me llevarían al reino de los muertos.

PEDAZO 3

TAL FOLLÓN DE PENSAMIENTOS se organizó en mi cabeza, que la carta se me fue por los cerros de Úbeda. Y en lugar de los tópicos habituales que tenía la intención de transcribir, llené cuatro carillas con esta sarta de barbaridades:

Señor Juez:

Que no se culpe a nadie de mi muerte, ¿verdad? ¡Qué fácil! ¿Ésa es la frase que esperaba usted leer al abrir este sobre? Pues lo siento, majo, pero esta vez se va a llevar un chasco. Porque yo le digo todo lo contrario:

Que se culpe a todo el mundo de mi muerte.

¡Buen trabajo le espera, señor Juez, si pretende hacer justicia y detener a todos mis asesinos! No habría celdas suficientes en las cárceles de Madrid para albergar a todos los detenidos.

Si la gente tuviera conciencia, mi fallecimiento le plantearía a usted un problema gordísimo. Porque la Humanidad entera es culpable de lo que me ha pasado a mí.

Fíjese bien en mi cadáver, que encontrará junto a esta carta, y dígame sinceramente si ha visto muchas veces un cadaverín tan pocholete. No es por presumir, pues a estas alturas en las que ya me encuentro de nada sirve la presunción, pero ¿verdad que yo no estaba nada mal?

¡Vamos, no sea hipócritón y diga la verdad! Puesto que su deber es levantar mi cadáver, aprovéchese

cuando lo haya levantado para echar una mirada a mis piernas. Y aunque sea usted un juez con toda la toga, reconocerá que son preciosas.

¿No es un crimen que esas piernas ya no puedan dar ni un paso? ¿No es un crimen también que una mujer joven como yo, y tan buena en el mal sentido de la palabra, haya sido asesinada en la flor de la edad? Asesinada, sí. No puedo darle una lista completa de todos los culpables, porque fueron muchos los que me mataron poco a poco.

Y perdone que rompa la armonía de estas frases tan bonitas para advertirle que no estoy hablando en coña. Mi cuerpo ha sido, mal comparado, un acerico en el que se han ido clavando miles de alfileres. Y llega un momento en que los acericos están tan acribillados a pinchazos, que revientan y se les salen las tripas. Como he reventado yo.

Sí, señor Juez: culpe a todo el mundo de mi muerte. A este mundo en el que todos los hombres van a lo suyo, que es lo mío.

Se me ocurre de pronto una idea graciosa: que usted, como en las novelas policiacas, intentase descubrir al culpable buscando huellas dactilares en el cuerpo de la víctima.

¡Qué risa, mi madre!

¡Me imagino la cara de asombro que pondría, mi pobre señor Juez, cuando viese el resultado de su intento! Porque en cada centímetro cuadrado de mi piel descubriría centenares de huellas dejadas por los dedos de otros tantos hombres diferentes.

Quizá no sospeche usted, al ver la carita angelical que sin duda tendrán mis restos mortales, que con los señores (es un decir) que han pasado por mi vida, podría formarse un regimiento. Aunque pensándolo mejor no creo que pudiera formarse, pues gran parte de

esos mozos (es otro decir) ya no estaban en edad militar.

Un poco de culpa tuvo cada uno de ellos en que me haya encontrado usted totalmente fallecida. Pero no me molesto en darle la relación de sus nombres, porque ya sé que en mí no hay carne suficiente para acusar a todos del crimen.

Repartiendo la culpabilidad de un solo asesinato entre medio millar de asesinos, tocan a tan poquita culpa por barba que ni siquiera se les puede encarcelar. ¡Qué le vamos a hacer! Si usted como representante de la justicia humana no puede castigarlos en la Tierra, espero que ya los castigará en el Cielo algún representante de la justicia divina.

¡Hasta la vista, señor Juez, y perdone la campechanía! Pero algún día, tarde o temprano, nos veremos en ese otro mundo al que yo acabo de irme. Le deseo que vaya usted lo más tarde que pueda, porque es muy triste tener que ir tan temprano como yo.

Rogándole disculpe las molestias que le ocasione mi muerte tan poco natural, se despide atentamente

MAPI

Releí la carta un par de veces para corregir las faltas de ortografía, pues yo siempre escribo arrastrada por el torrente de la inspiración y no me paro a meditar en las puñeterías ortográficas. Por eso en mis manuscritos tengo la precaución de escribir las palabras bastante separadas unas de otras, con el fin de poder añadir luego las haches que me comí y las lazadas que transforman las uves en bes. También tuve que esparcir por los renglones esas virutas de la caligrafía que son las comas y los acentos, virutas que nunca escatimo porque adornan las carillas del papel lo mismo que las pecas y lunares las caras de las personas.

Terminada la carta, me la prendí en la pechera del traje con un alfiler. Pensé que así la verían en seguida, y evitaba el riesgo de que se traspapelase durante el follón que se iba a armar en mi cuarto cuando descubrieran mis restos.

(¡Restos! ¡Qué definición tan deprimente, e incluso jorobante, de lo que dejamos después de morir! ¿Verdad que «restos» hace pensar en piltrafas y basuras? ¿No podrían los académicos sacarse del meollo alguna palabreja más poética y aromática? Porque «restos» suena mal y huele peor).

Con la carta ya prendida y bien visible, me quité los rulos de la cabeza y me hice un peinado mono pero sencillo. Tampoco pega que los cuerpos presentes luzcan peinados despampanantes.

Luego me fui al cuarto de baño, hice mis cosas para que me encontraran limpita por dentro si me hacían la autopsia, y busqué el barbitúrico. Lo guardaba en un armarito que había encima del lavabo, entre otros muchos frascos de medicinas y potingues. Me lo había recetado unos meses antes cierto médico, al cual consulté aprovechando que estaba acostada con él. Así me salió gratis la consulta. Le pedí algo contra el insomnio, pues a fuerza de dedicar las noches al trabajo, se desvela una mucho las noches en que no tiene que trabajar.

—Pero no tomes más de una píldora —me advirtió al darme la receta—, porque es un barbitúrico muy fuerte.

Encontré por fin el frasco de las píldoras, que eran de un color rojo brillante, y volví a mi dormitorio.

En el pasillo me crucé con la criada, que algo raro debía de notar en mi actitud porque me miró con preocupación.

—Si la señorita no piensa salir hasta esta noche —quiso saber, extrañada al verme tan peripuesta—, ¿por qué se ha arreglado desde tan temprano?

—Mi salida de hoy es muy importante, Dora —suspiré, enigmática—. Por eso he querido prepararme con tiempo.